

**“Novela negra en el Egipto Antiguo”
Anton Gill y su trilogía de Akenatón**

Bartolomé Leal

La mayoría de los historiadores de la religión coinciden en que el inventor del monoteísmo fue el faraón Akenatón (1379-1362 A.C.), de la dinastía XVIII, un iluminado que quiso imponer un dios único, Atón (“el sol en el firmamento”). El faraón provocó con esto una revolución artística y social en Egipto. Los sacerdotes de Amón, el dios oficial de Tebas, no aceptaron su reforma, que les quitaba poder. El pueblo tampoco aceptó la degradación de sus venerados dioses locales.

Los sacerdotes conspiraron contra Akenatón hasta hacerle morir, supuestamente, de un ataque de epilepsia, de la cual efectivamente sufría. Tenía 27 años. Tras un breve sucesor, Smenkaré, asesinado, vino el reinado de Tutankamón (1361-1352), conocido como el “faraón niño”, cuyo impresionante tesoro fue encontrado intacto en una tumba sellada, oculta a la codicia de los ladrones durante siglos. A Tutankamón (que originalmente se llamó Tutankatón), se le aduló y acosó hasta la restauración del culto de Amón.

Los seguidores de Akenatón fueron expulsados o liquidados, su nombre borrado de las paredes de los templos. La ciudad que creó para su mayor gloria (Aketatón, “el horizonte de Atón”) fue destruida hasta los cimientos, incluida su biblioteca. Pero el caos no cedió, y tras las fastuosas exequias de Tutankamón, también fallecido de manera misteriosa, varios faraones de corta duración sufrieron muertes violentas.

Finalmente, un personaje siniestro, el cambiante Horemheb, comandante en jefe de los ejércitos egipcios y regente de Tutankamón, se hizo consagrar faraón y desposó a la cuñada de Akenatón, hermana de la sin par Nefertiti. Empezaba la dinastía XIX, la última gloriosa del imperio, la de los faraones guerreros de nombre Ramsés.

Con estas temáticas históricas, el escritor inglés Anton Gill ha elaborado una trilogía de novelas de misterio que mezcla personajes de ficción y hechos auténticos, con especulaciones acerca de las extrañas muertes de Akenatón y Tutankamón, así como las de sus efímeros sucesores.

La ciudad del horizonte (1991), primera de la serie, presenta al “detective”, el escriba Huy, un hombre respetado por sus competencia y sabiduría, aunque se halla proscrito porque se le sindicó como partidario del maldito Akenatón y se le prohíbe ejercer su oficio. A él le corresponde investigar la enigmática muerte de Smenkaré, sucesor directo del reformador, tras apenas seis meses de reinado. Mientras dormía, muere sin que se sepa porqué. El joven de veinte años era reputado como un fiel seguidor de las ideas de su padre adoptivo, Akenatón. Se inicia así una investigación que nos sumerge en las intrigas de la corte y las perfidias de las élites religiosas de la época.

La ciudad de los sueños (1993) es la segunda entrega de la serie. Por tal nombre se conoce a un prostíbulo famoso en Tebas, la capital por entonces de los unificados Alto y Bajo Egipto, durante el reinado de Tutankamón. Si en la anterior novela el lector se

